



BIBLIOTECA

863
C.

PQ 6605

.05

P4

1891

PQ 6605

.05

P4

1891

LIBRO PRIMERO

AL LECTOR. (1)



LECTOR amigo. . . . Si eres hombre corrido y poco asustadizo, conocedor de las miserias humanas y amante de la verdad, aunque ésta amargue, entráte sin miedo por las páginas de este libro, que no encontrarás en ellas nada que te sea desconocido ó se te haga molesto. Mas si eres alma pia y asombradiza, si no has salido de esos limbos del entendimiento que engendra, no tanto la inocencia del corazón como la falta de experiencia, si la desnudez de la verdad te escandaliza ó hierre tu amor propio su rudeza, detente entonces y no pases adelante, sin escuchar primero lo que debo decirte.

Porque témome mucho, lector amigo, que de ser esto así, y si no te mueven mis razones, te espera más de un sobresalto entre las páginas de este libro. Yo dejé correr en él la pluma con entera independencia, rechazando con horror al trazar mi pintura, esa teoría perversa que ensancha el criterio de moralidad hasta desbordar las pasiones, ocultando de manera más ó menos solapada, la pérfida idea de hacer pasar por lícito todo lo que es agradable; más confíesote de igual modo, que si no con espanto, con grave fastidio al ménos, y hasta con cierta ira literaria, rechazé también aquel otro extremo contrario, propio de algunas conciencias timoratas, que se empeñan en ver un peligro donde quiera que aparece algo que deleita. Porque juzgo que por sobra de valor yerran los primeros, en no ver abismos donde puede haber flores, y tengo para mí que por hartura de miedo yerran también los segundos, en no concebir una flor sin que oculte detrás un precipicio. Y andando, andando, y partiendo los unos de un principio falso y los otros de una verdad santa, llegan todos de la exageración al engaño, y pasan luego á la demencia, pareciéndole á aquellos que pueden servir de guía á la juventud las crudezas de Zola, y creyendo éstos que no conviene enseñar á los niños el Credo y los Artículos de Fe, sin introducir algunas prudentes modificaciones, de que pudiera yo citarte algun ridículo ejemplo. Extraño fenómeno y singular aprieto para el escritor, el de estos dos extremos opuestos, hijos legítimos de la confusión de ideas en todo orden de cosas que caracteriza nuestra época, y [reconoce por origen, entre otras mil cau-

(1) Al publicarse por primera vez esta novela en EL MENSAJERO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS, púsole su autor este prólogo dirigido á los lectores de dicha Revista, que por muchas y poderosas razones, nos ha parecido conveniente reproducir íntegro en esta edición. (Nota de los editores.)

sas, la orgullosa suficiencia propia, el desprecio de la autoridad que legítimamente define, la falta de profundidad y método en los estudios, el magisterio superficial, intruso é interesado de los periódicos, y la funesta propensión á juzgar lo que pasa en el corazón ajeno, por lo que sucede en el propio.

Cierto, ciertísimo, lector pio y discreto, que peca de inmoral y merece toda censura; el autor que encomia á los ladrones y recomienda sus hurtos y los facilita; ó el que protestando contra ellos y reconociendo su inmoralidad, traza, sin embargo, con buenas intenciones y poquísima prudencia, cuadros de peligrosa belleza, de tentación seductora, que ejercen sobre el lector incauto y aún sobre el que por tal no se tiene, la atracción siniestra del abismo. Mas no por eso has de deducir de aquí, lector pio siempre y esta vez no discreto si tal deduces, que sea igualmente inmoral el escritor que confiesa paladinamente que hay ladrones, que da la voz de alerta contra ellos y los saca á la vergüenza pública, pintándolos con todas aquellas sus negras tintas que sufre el decoro y hacen al vicio antipático y odioso, y se ayuda así del mal para hacer el bien, á la manera que la primavera se ayuda del estiércol para fabricar la rosa.

Y no me digas que se corre siempre el riesgo fatalísimo de abrir los ojos á la inocencia, porque te diré entónces, que si el tal autor supo guardar ese *prudente decoro* que indiqué antes y esa inocencia de que hablas es la verdadera inocencia del corazón, pura y santa, única que todo lo ignora, así en teoría como en práctica, preciso será que pase por aquellas páginas sin comprender lo que se dice entre líneas, y coja la rosa sin sospechar que existe el estiércol. Y si por veutura lo sospecha y lo descubre, señal clara y evidente de que no estaban esos ojos tan cerrados como tú creías, y no siendo ya inocencia pura del corazón sino mera ignorancia del entendimiento, le aprovechará por ende, si no como medicina todavía, como prerervativo al menos, la lección que encerró allí el autor en prudente logogrifo, y como estiércol sucio y hedlondo aprehenderá forzosamente, lo que como tal se le presenta. Y si se le convierte en ponzoña la triaca, culpa será suya y no del médico, porque la malicia no estará entónces en el que escribe, sino en la propia voluntad del que lee; que como dijo un poetr antiguo:

Del más hermoso clavel,
Pompa del jardín ameno,
El áspid saca veneno;
La oficiosa abeja, miel.

Con este criterio, lector amigo, escribí yo el libro que entre las manos tienes, y lealmente te lo aviso para que lo arrojes á tiempo si mi modo de pensar no te satisface. Y si por acaso te maravilla que siendo yo quien soy me entre con tanta frescura por terrenos tan peligrosos, has de tener en cuenta que, aunque *novelista* parezco, soy sólo *misionero*, y así como en otros tiempos subía un fraile sobre una mesa en cualquiera plaza pública, y predicaba desde allí rudas verdades á los distraídos que no iban al templo, hablándoles para que bien le entendieran su mismo grosero lenguaje, así también armo yo mi finglado en las páginas de una novela, y desde allí predico á los que de otro modo no habían de escucharme, y les digo en su propia lengua verdades claras y necesarias, que no podrían jamás pronunciarse bajo las bóvedas de un templo.

Porque si tú, lector pio y candoroso, sentado á las márgenes de los arroyos de leche y miel que fertilizan la Jerusalem celestial que habitas, has creído que existe la noción del bien y del mal en todos los corazones, con la misma claridad que tú la posees en tu entendimiento iluminado por la gracia, estás en un error crasísimo. En el mundo, y en cierta clase de mundo sobre todo, el mal suele desconocerse á sí mismo, por esa misma confusión de ideas que en todos los órdenes reina. Cuando la relajación es general, sucede en una sociedad lo que á bordo de un barco acontece: que como todo se mueve igualmente, pare-

ce que nadie camina; preciso es que alguien se detenga para que haya un punto fijo que marque el atropellamiento de los otros y el rumbo peligroso de los que siguen caminando.

Jamás harás conocer á un bizeo su propio estrabismo, si no lo pones por delante un espejo fiel que le retrate su torcida vista; porque el ojo de la cara que sirve para ver y conocer á los demás, no puede sin un milagro que equivalga á esta gracia que tú disfrutas, verse y conocerse á sí mismo.

Grande y caritativa obra, por lo tanto, será la del libro que sirva de punto fijo para avisar á los del barco que se alejan de la orilla; que sirva de espejo fiel al bizeo desdichado, para que comenzando por conocer allí su vista extraviada, acabe por odiarla en sí mismo.

Y aquí tienes explicado de paso el por qué me detengo á veces en formenores harto nimios, que desdeñaría como artista á que no descendería como religioso. Porque el último parapeto del bizeo que no quiere mirar derecho, es negar que entienda el que le reprende de achaques de vista; por eso, cuando le pone delante el censor detalles íntimos conocidos sólo de los del género, concédele al punto la ventaja inmensa de la experiencia y se rinde á discreción, pensando que si no fué también bizeo allá en sus tiempos aquel que le reprende, entre muchos que biqueaban debieron de apuntarle los dientes; y gran paso es ya este dado en el corazón que quiere ganarse, porque le invita á la confianza y le asegura la indulgencia; la idea de que aquel censor inexorable, estudió en su mismo libro y venció sus mismas flaquezas.

Y si todas estas cosas me concedes y me arguyes todavía, que no cuadra á la gravedad de EL MENSAJERO publicar historias tan profanas, pídotte que consideres una cosa, en que de seguro no habrás parado mientes. No todos los suscritores de EL MENSAJERO son como tú, piadosos y espirituales; en sus listas, numerosísimas hasta un punto increíble para lo que suelen ser estas cosas en España, figuran al lado de místicas abadesas, señoras muy del mundo, y junto á congregantes de San Luis, hombres despreocupados y hasta jóvenes alegres. Preciso es, pues, que toda esa multitud heterogénea, encontre allí alimento que la nutra y que le agrade, y la sana doctrina que paladea con delicia la Abadesa en la *Intención* de cada mes, sería, profunda y devota, es manjar harto sublime para el embotado paladar de aquellos otros que sólo podrán tragar esa misma celestial doctrina, envuelta en una salsa licitamente profana.

Dejen, pues, las almas pías ese rincón de EL MENSAJERO, para esos pobres hambrientos á quienes hay que alimentar por sorpresa con la sana doctrina de Cristo; que muy superior á la caridad que consiste en dar, es la que consiste en comprender y soportar las humanas flaquezas. Esa es la que me hace á mí temar la pluma y escribir para ellos, aún á trueque de escuchar, como en cierta ocasión he oído, que rebaja el carácter sacerdotal escribir cosas tan baladies. ¡Como si la caridad se rebajara alguna vez, por mucho que descienda! . . .

Y con esto, lector amigo, te dejo en paz, y libre quedas para entrarte, si te place, por las páginas de mi libro ó dar media vuelta á la derecha. Témmeme, sin embargo, y en tus ojillos devotos lo conozco, que ansias ya por leerlo, y no lo dejarás hasta devorarlo letra á letra; porque si mis razones no te han convenido como deseo, es fácil que la curiosidad te impulse contra lo que yo pretendo.

Quédate, pues, con Dios, y Él te bendiga, que yo por mi parte

Con estas cosas que digo
Y las que paso en silencio,
Á mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

Bilbao, 1.º de Enero de 1890

I

Something is rotten in the state of Denmark.
Hay algo en Dinamarca que huele á podrido.

Shakspeare—Hamlet.

Las dos torrecillas del colegio se levantaban agudas y airosas como flechas disparadas contra el cielo azul, sereno y radiante, que suele cobijar á Madrid en los primeros días de Junio. La verdura del jardín parecía una esmeralda caída en la arena, un oasis de bosquecillos de lilas que ya se marchitaban y de azucenas que comenzaban á abrirse, perdido en las áridas llanuras que por el lado del colegio rodean á la corte de España. El agua saltaba en las fuentes y corría por los pilones murmurando; oíanse alegres voces de niños en lo interior del edificio, gorjeos de ruiseñores y jilgueros en los árboles, y más allá, pasada la verja, ni niños, ni agua, ni flores, ni pájaros..... Una llanura estéril, un pueblo de barracas, y allá en el horizonte, lejos, lejos, Madrid, la corte de España, asomando sus cúpulas y sus torres entre esa neblina que pone más de relieve la limpidez de la atmósfera; esa especie de vaho que se levanta de las grandes capitales, semejante á las emanaciones de una hedionda charca.

Terminaba aquel día el curso, había tenido ya lugar la distribución de premios, y llegaba la hora de las despedidas. Cruzábanse por todas partes enhorabuenas y adioses, encargos y recomendaciones, y padres, madres, niños y criados, revueltos en confuso tropel, invadían todas las dependencias del colegio, rebotando esa satisfacción purísima del premio justamente alcanzado, del trabajo concluido, de la esperanza

cierta de descanso; esa ruidosa alegría que despierta en el escolar de todas edades, la mágica palabra: *Vacaciones!*

El acto había estado brillantísimo: en el fondo del salón ocupaban un estrado ricamente dispuesto, los cien alumnos del colegio, con sus uniformes azules y plata, agitados todos por la emoción, buscando con los ojitos inquietos, arreboladas las mejillas y el corazón palpitante, entre la muchedumbre que llenaba el local, al padre, á la madre, á los hermanos que habían de ser testigos y partícipes del triunfo. Coronaba el estrado un magnífico cuadro de la dolorosa *Nuestra Señora del Recuerdo*, titular del colegio, y á su derecha presidía el acto el Cardenal Arzobispo de Toledo, bajo riquísimo dosel, y el Rector y profesores del colegio, sentados en torno. Llenaban el resto del inmenso salón los padres y madres de los niños, alternando la gran señora con la modesta comerciante, el grande de España con el industrial acomodado, alegres todos, satesfechos, mirándose entre sí y sonriendo amigos y desconocidos, como si el sentimiento de la paternidad igualmente herido, acertase las distancias y estrechase las relaciones, despertando en todas las almas idéntica felicidad, la misma dicha, igual deseo de considerarse y abrazarse como hermanos.

Lo orquesta dió principio al acto, tocando magistralmente la *overtura de Semíramis*. El Rector, anciano religioso, honra y gloria de la Orden á que pertenecía, pronunció después un breve discurso, que no pudo terminar. Al fijarse sus apagados ojos, en aquel montón de cabecitas rubias y negras, que atentamente le miraban, apiñadas y expresivas como los angelitos de una gloria de Murillo, comenzó á balbucear, y las lágrimas le cortaron la palabra.

— ¡No lloro porque os vais, — pudo decir al cabo. Lloro porque muchos no volverán nunca! . . .

La nube de cabecitas comenzó á agitarse negativamente, y un aplauso espontáneo y bullicioso brotó de aquellas docientas manitas, como una protesta cariñosa, que hizo sonreír al anciano en medio de sus lágrimas.

El secretario del colegio comenzó á leer entonces los nombres de los alumnos premiados: levantábanse éstos ruborosos y aturdidos por el miedo á la exhibición y la embriaguez del

triunfo; iban á recibir la medalla y el diploma de manos del Arzobispo, entre los aplausos de los compañeros, los sonos de la música y los bravos del público, y volvían presurosos á sus sitios, buscando con la vista en los ojos de sus padres y sus madres, la mirada de inmenso cariño y orgullo legítimo, que era para ellos complemento del triunfo. Un niño pequeñito de ocho años, subió gateando las gradas del estrado, púsose de puntillas para divisar á su madre, vióla á lo lejos, y con la punta del diploma, le envió un beso . . . Chicos y grandes aplaudieron con entusiasmo, los unos por ese instinto de ángel que hace comprender al niño lo que es santo y bello, los otros por esa tierna simpatía que despierta en el corazón de todo padre ó madre, cuanto tiende á revelar el puro amor de hijo.

El acto parecía ya terminado: el Arzobispo iba á dar la bendición, y todo el mundo se levantaba para recibirla de rodillas. . . . Un niño blanco y rubio, bello y candoroso como un ángel de Fra Angélico, se adelantó entonces á la mitad del estrado: realzaba el encanto de su edad y su inocencia, ese *no sé qué* aristocrático y delicadamente fino, que atrae, subyuga y hasta entenece en los niños de grandes casas, y su larga cabellera rubia cortada por delante como la de un pajecillo del siglo XV, le daba el aspecto de aquel príncipe Ricardo que pintó Millais, en su célebre cuadro *Los hijos de Eduardo*.

Detuviéronse todos á su vista, quedando cada cual en su sitio, en el más profundo silencio. Volvió entonces el niño hacia el cuadro de la Virgen sus grandes ojos azules, rebo-sando candor y pureza, y con vocecita de ángel, comenzó á decir: ¹

Dulcísimo recuerdo de mi vida,
Bendice á los que vamos á partir . . .
¡Oh Virgen del Recuerdo dolorida,
Recibe tú mi adios de despedida,
Y acuérdate de mí! . . .

¡Lejos de aquestos tutelares muros,
Los compañeros de mi edad feliz,

¹ Esta poesía es original del P. Alarcón, y fué leída en una solemnidad semejante á la que aquí describimos.

No serán á tu amor jamás perjuros:
Conservarán sus corazones puros.
Se acordarán de tí!

Un aplauso general salió del grupo de los niños, como un grito de entusiasta asentimiento. Los grandes no aplaudían; con el alma en los ojos y las lágrimas en estos, escuchaban inmóviles. El niño se adelantó dos pasos, y llevándose las manitas al pecho, prosiguió lentamente:

Mas siento al alejarme una agonía,
Cual no la suele el corazón sentir. . . .
¿En palabras de niño quién confía?
Temo. . . . no sé qué temo, Madre mía,
Por ellos y por mí. . . .

Nadie respiraba: las lágrimas al caer, no hacían ruido. El niño volvió entonces al público los cándidos ojos, con esa mirada vaga de la inocencia que parece investigar siempre algo ignorado, y prosiguió con tristeza que conmovía y sencillez que llegaba al alma:

Dicen que el mundo es un jardín ameno,
Y que áspides oculta ese jardín. . . .
Que hay frutos dulces de mortal veneno,
Que el mar del mundo está de escollos lleno. . . .
¿Y por qué estará así?

Dicen que por el oro y los honores,
Hombres sin fé, de corazón ruín,
Secan el manantial de sus amores
Y á su Dios y á su patria son traidores. . . .
¿Por qué serán así?

Dicen que de esta vida los abrojos
Quieren trocar en mundanal festín;
Que ellos, ellos motivan tus enojos,
Y que ese llanto de tus dulces ojos,
¿Lo causan ellos, sí!

Algunas mujeres enrojecieron, porque por la boquita del niño parecía hablar la voz de muchas conciencias; varios hombres bajaron la cabeza, y una voz enérgica, pero alterada, repitió á lo léjos:—¡Sí! ¡Sí!—Era un anciano general, abuelo de un alumno del colegio. El niño parecía conmovido, como pueden estarlo los ángeles á la vista de las miserias humanas; movió tristemente la cabecita, cruzó las ma-

nos, y prosiguió con la expresión de un querubín que mira á la tierra:

Ellos, ¡ingratos! de pesar te llenan. . . .
¿Seré yo también sordo á tu gemir?
¡No! . . . Yo no quiero frutos que envenenan,
No quiero goces que á mi madre apenan,
¿No quiero ser así!

En los escollos de esta mar bravía
Yo no quiero sin gloria sucumbir;
Yo no quiero que llores por mí un día,
No quiero que me llores, Madre mía.
¿No quiero ser así!

Y mientras yo responda á tu reclamo,
Mientras me juzgue con tu amor feliz,
Y ardiendo en este afecto en que me inflamo,
Te diga muchas veces que te amo,
¿Te olvidarás de mí?

¿Ah, no, dulce recuerdo de mi vida!
Siempre que luche en peligrosa lid,
Siempre que llore mi alma dolorida,
Al recordar mi adiós de despedida,
¿Te acordarás de mí!

Y en retorno de amor y fe sincera,
Jamás sin tu recuerdo he de vivir;
Tuya será mi lágrima postrera.
¿Hasta que muera, Madre, hasta que muera
Me acordaré de tí!

Tú en pago, Madre, cuando llegue el plazo,
De alzar el vuelo al celestial confín,
Estrechándome á ti con dulce abrazo,
No me apartes jamás de tu ragazo,
¿No me apartes de tí!

Calló el niño, y no resonó un aplauso: sólo estalló un sollozo que pareció salir de mil pechos por una sola boca, arrastrando los encontrados afectos de amor, ternura, vergüenza, entusiasmo, piedad y arrepentimiento, que en aquellos corazones había despertado la cándida vocécita del niño. A una señal del Rector, lanzáronse todos los que en el estrado estaban en brazos de sus padres, estallando entonces una verdadera tempestad de besos, gritos, abrazos, bendiciones, llantos de alegría y gemidos de gozo. Sólo el niño que había declamado los versos quedó solitario en su asiento, sin padre ni madre que le recibiera en sus brazos; la pobre criatura di-

rigió una larga mirada al dichoso grupo, y con sus premios en la mano salió lentamente por una ancha galería, en que comenzaban á amontonar ya los criados, los equipajes de los niños que se marchaban. Había en un extremo un gran mundo, con las iniciales *F. L.* en la tapa, y sobre él se sentó el niño como esperando algo, con los premios al lado, la cabeza baja y la gorrita en la mano, triste, silencioso, inmóvil. La alegre algazara del salón llegaba á sus oídos, y poco á poco fué levantando su pechito, hinchóse su garganta, y rompió á llorar amargamente, en silencio, sin sollozos, sin suspiros, como lloran los que tienen en el corazón el manantial de sus lágrimas. Los criados comenzaban ya á cargar los equipajes, y los grupos de padres y niños se dirigían á la puerta con alegre barullo, sin que nadie reparase en el niño solitario: á veces, un compañero le daba al pasar una palmada cariñosa, ó un profesor que corría apresurado le enviaba una sonrisa, y el niño sonreía también sorbiéndose las lágrimas.

Una señora gorda, de aspecto bondadoso, hallóse en aquellas apreturas al lado del niño, llevando de la mano á un chiquillo gordiflón, que solo había obtenido un premio de gimnasia. Notó éste las lágrimas de su compañero, y tirando de las faldas á la señora le dijo al oído:

—Mamá.... mamá.....—Luján está llorando.

—¿Por qué lloras, hijo?—le preguntó la señora compadecida. Si has declamado muy bien. ¿No has sacado premio?...

Púsose el niño muy encarnado, y levantando la cabeza con infantil orgullo, contestó mostrando los que junto á sí tenía:

—Cinco.... y dos *excelencias*....

—¿Digo!.... ¿Cinco premios y todavía lloras?...

El niño no contestó; bajó la cabeza como avergonzado, y de nuevo corrieron sus lágrimas.

—¿Pero qué tienes, hijo?—insistió la señora. ¿Estás malo?.... ¿Por qué lloras?

Un inmenso desconsuelo que desgarraba el alma en aquella carita de ángel, se pintó en las facciones del niño: con los dienteillos apretados y los ojos rebosando lágrimas y amargura, contestó al cabo.

—Porque estoy solo.—Mi mamá no ha venido. ¡Nadie ha visto mis premios!...

La señora pareció comprender toda la profunda amargura que encerraba aquel sencillo lamento. Saltáronsele las lágrimas, y mientras con una mano acariciaba la rubia cabeza del niño, apretaba con la otra contra su seno la de su hijo, como si temiese que pudiera faltarle alguna vez aquel blando regazo.

—Ángel de Dios!—decía al mismo tiempo. ¡Pobrecito mío!... Tú mamá no habrá podida venir: estará fuera sin duda... ¿Cómo se llama?...

—La Condesa de Albornoz,—respondió el niño.

Una violenta expresión de ira se pintó en el rostro de la señora, al oír ese nombre: volvióse bruscamente hacia una jóven que la acompañaba, y exclamó con más impetuosidad que prudencia:

—¿Pero has visto?....—Si esto clama al cielo!... ¡Pícara! ¡Pícara madre!... Mientras este ángel llora, estará ella escandalizando á Madrid como acostumbra.

—¡Calla, mujer!—replicó la otra mirando con inquietud al niño.

—¿Pero quién ve con paciencia esto?..... ¡Lástima de hijo para tal madre!... Desde el fin del mundo hubiera venido yo, por ver recibir al mío su premio de gimnasia... ¡Anda con Dios, hijo! eso indica que cuando seas grande sabrás tirar de un carro... ¡Con tal que me seas bueno!.... ¿No es verdad Calisto, vida mía?...

Y estampaba en las mofletudas mejillas de su hijo, esos estrepitosos y apretados besos de las madres, que parecen mordiscos del alma.

El niño, enjugándose sus grandes ojos de un azul profundo, como el mar visto de lejos, no se enteraba de nada. La señora volvió á decirle:

—Vamos, hijo mío, no llores..... Anda, Calisto, no seas pazguato, díle algo á ese niño... ¿No ves que llora?... ¿Cómo te llamas, hijo?....

—Paquito Luján,—respondió el niño.

—Pues no llores, Paquito, que tu mamá te estará esperando en casa... Mira, Calisto; dale una de las cajas de dulce que te he traído... ó mejor será que le des las dos, yo te compraré otras.

Y como viese que el niño rechazaba la linda cajita de la Mahonesa, que no del todo satisfecho le alargaba Calisto, añadió:

—Tómalas, hijo... Esta para tí, y la otra para tus hermanos... ¿No tienes hermanitos?...

---Tengo á Lili.

---Pues llévale una á Lili.... Y llévale también esto.....

Y la buena señora estampó en las mejillas del niño, llenas de lágrimas, otros dos sonoros besos, que en vano pretendían suplir en ellas el calor que les faltaba de los besos de su madre. Un lacayo con larga librea verde aceituna, coronas condales en los botones y sombrero de copa con gran cucarda rizada en la mano, se acercó entonces al grupo.

—Cuando el señorito quiera está esperando el coche,---dijo respetuosamente al niño.

El pobre señorito se levanto de un salto, y abrazando con un movimiento lleno de gracia al gimnasta Calisto, se dirigió á la puerta, sin querer entregar al lacayo el envoltorio de sus premios. En la verja del jardín le detuvo el P. Rector, que allí estaba despidiendo á los niños; besóle Paquito la mano, y abrazándole él cariñosamente, le abió breve rato al oído. Púsose el niño muy encarnado, corrieron de nuevo sus lágrimas, y con verdadera efusión llevó por segunda vez á sus labios la mano del religioso.

Poco á poco fueron desfilando los carruajes, y cesaron al fin los gritos de despedida.

—¡Adios!... ¡Adios!...—repetía el anciano.

Todavía aparecían algunas manitas saludando á lo léjos por las ventanillas de los coches.

—¡Adiós!..... ¡Adiós!.....

Ocultáronse al fin todos en el último recodo del camino, y sólo quedó la llanura árida, la polvorienta carretera, el pueblo de barracas, el colegio solitario, silencioso como una jaula de jilgueros vacía, y á lo léjos, acechando entre la bruma, Madrid, la gran charca.

El pobre viejo dejó caer entonces los brazos abatido, bajó tristemente la cabeza y entróse en la capilla murmurando:

¡Oh Virgen del Recuerdo dolorida!
¿Se acordarán de tí!....

Era aquella misma tarde poca la animación y escasa la concurrencia en el *fumoir* de la Duquesa de Bara. Casi tendida ésta en una *chaise-longue*, quejabase de jaqueca, fumando un rico cigarro puro, cuya reluciente anilla acusaba su auténtico abolengo: tenía sobre las faldas, sin anudarlo, un delantalillo de finísimo cuero y elegante corte, para preservar de los riesgos de un incendio los encajes de su *matinée* de seda cruda, y sacudía de cuando en cuando la ceniza, en un lindo barro cocido, que representaba un grupo de amorcillos, naciendo de cascarones de huevo en el fondo de un nido.

Pilar Balsano fumaba haciendo figuras, otro cigarro no tan fuerte, pero sí tan largo como el de la Duquesa, y Carmen Tagle se desquijaraba chupando un *entreacto*, que se mostraba algún tanto rebelde.

—Está visto que no tira,—dijo de pronto.

Y para cobrar nuevas fuerzas se bebió poquito á poco, y con aire muy distinguido, una tercera copita del Whisky bastante fuerte, que juntamente con el té, los *brioche*s y *sandwich*s, habían servido en rico frasco de cristal de Bohemia.

La señora de López Moreno, gorda y majestuosa como las talegas de su marido, contraía sus gruesos labios para chupar un cigarrito de papel, y reía maternalmente al ver á su hija Lucy, recién salida del colegio, dar pequeñas chupadas en el cigarro mismo de Angelito Castropardo. Chupaba la niña y tosía haciendo monadas, chupaba Angelito para darle magistral ejemplo, y tornaba á chupar y á toser la colegialita, encontrando el juego muy divertido. Parecía complacerla mucho tener por maestro á un Grande de España, y procuraba estudiar el *chic* de aquellas ilustres damas, que como modelos de distinción le proponía su madre. Todavía, sin embargo, encontraban en ellas sus ojos de colegiala, cosas harto extrañas.